



Flirt

30 cts.

Núm. 10

CONCURSO

¿A QUE EDAD ES PARA EL AMOR MAS INTERESANTE LA MUJER?

¿La adolescente ingenua, entre niña y mujer?

¿La mujer en la plenitud de su belleza como un sol de mediodía?

¿O la refinada: mujer crepuscular, en la rosa de otoño de su existencia?

Las páginas de esta Revista galante las brindamos gentilmente a nuestros lectores para que, de una manera ingeniosa y concisa, expongan su opinión acerca de este fundamentalísimo tema, sobre el cual existen las más encontradas y pintorescas opiniones..

¿A QUÉ EDAD ES PARA EL AMOR MAS INTERESANTE LA MUJER?

Publicaremos todas las respuestas, salvo la condición indispensable de que reinara en ellas el buen gusto y la brevedad (1), debiendo estar escritas en letra muy legible.

PREMIO.—Será considerado como colaborador permanente de esta Revista, el lector que dé la respuesta más ingeniosa y oportuna.

(1) Diez líneas impresas de las nuestras.



---¡Qué despacio marcha el tiempo!
---Ya, ya... ¡Qué ganas tengo de pasar el mes!

Dibujo de GARRÁN.



---¿Y cómo siendo tú de cuota te has fijado en mí, una humilde campesina?
---Es que tú también eres campesina de cuota.

Dibujo de MÁRQUEZ.



INGENUIDAD

¿Pero cómo vienes a estas horas del taller?
---Porque me ha visto la maestra con el maestro en el cine y no sé lo que se había pensado... pero me ha puesto en la calle.

Dibujo de D'Hoy.

SUSCRIPCIÓN: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA, 5^º MESTRE, 8 PESETAS.—AÑO 15 PESETAS

IMITEMOS AL
INGLES, POR

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

*Nada importan lo caro de la vida
ni el belén que gozamos en Marruecos
junto a cierta noticia que a nosotros
ha llegado de Londres por telégrafo.*

*Un mueblista de un pueblo de Inglaterra
cuyo nombre en la mente no retengo,
deseando librarse de su esposa
(que debía de ser un esperpento)
convidió a sus amigos a una jira,
y a la jira gozosos acudieron
asombrándose todos de la escena*

que ocurrió tras los postres del almuerzo.

*Propuso el anfitrión a los reunidos
la venta de su esposa y, sin rodeos,
mediante una subasta en toda regla,
el contrato de venta quedó hecho
a favor de un gachó de los presentes,
que entregó al vendedor en el momento
diez libras esterlinas por la inglesa
más hermosa y gentil de todo el reino.*

*Feliz el comprador, volvió del ágape
chupándose ae gusto varios dedos,
y la muy... tornadiza (es otro el nombre)
sin ninguna objeción cambió de dueño.*

*Si el hecho es muy curioso, ciertamente
todavía lo es más el raro efecto
que ha causado en algunos matrimonios
el relato. A poquito de leerlo,
ya estaban proyectando cien maridos
la oportuna excursión a un campo ameno
donde hacer la subasta de la esposa
entre varios amigos verdaderos.*

*Quién la piensa tasar en dos mil duros,
quién estima la suya en cuatrocientos,
quién la piensa ofrecer por seis pesetas,
quién la quiere soltar por real y medio...*

*Yo conozco un señor que de su cónyuge
se quiere deshacer, porque es un censo,
y, por diez libras no, por medio kilo
de cordilla gríllée la da corriendo.*

*Sí; de fijo en España se hará moda
la subasta de esposas con el tiempo,
toda vez que pasamos nuestra vida
imitando lo inglés, por ser muy bueno,
y aquí existen maridos «embolados»
y hay quien compra mujeres de desecho,
y hay señoras inquietas que no viven
si no están en continuo movimiento.*

*Hasta el día que aquí no se establezca
una Bolsa, lector, con el objeto
de comprar y vender tiernas esposas
en buen uso (o en malo) a cualquier precio
y no esté reprobado que un marido
ponga en venta la suya tan contento,
no estaremos a tono con el mundo;
¡no va'drá nuestra España ni un pimiento!*

Juan Pérez Zúñiga



Dibujo de IGUAL RUIZ.

MENEGILDA, CRIADA PARA TODO

Yo no acierto a explicarme cómo después de haber servido en mis últimas casas, todas de gente «bien» aunque se comportasen «mal», me pude avenir a ingresar, en febrero de 1895, como criada «para todo» en una familia tan ordinaria como aquella de la plaza de Olavide, en que sucumbió mi honestidad. Quizás fuese debido a que yo no encontrase de momento colocación mejor y a mí siempre me ha aterrado la perspectiva de hallarme de más; o acaso a que deseara ensayar los conocimientos culinarios que había aprendido en mis anteriores trasiegos. Lo cierto es que yo, de la noche a la mañana, me ví metida como por arte de encantamiento en una leonera sólo comparable, por lo tumultuosa, a la de la calle de Churruga.

Ahora tenía que entendermela con una abuela sorda y demente, que se pasaba el día dando más vueltas que un molino, soliviantando al marido contra la mujer, a la mujer contra los hijos, a los hijos contra el perro y al perro contra el gato.

Los hijos eran tres hembras de diez y seis a veinte años y un señorito de quince tan dado a presumir y a callejear como sus hermanas.

El padre era un jugador empedernido que tan pronto aportaba a la casa un fajo de billetes, como anunciaba solemnemente que aquel mes se había dejado en el tapete verde su sueldo de Jefe de Negociado en una oficina del Estado. La madre—Dios la tenga en Gloria—era una señora decentísima, dicho sea sin ánimo de molestar a nadie; trabajadora infatigable, ahorrativa y carifiosísima para todos, yo inclusive; pero las niñas eran sencillamente como para matarlas, porque se pasaban el día en el balcón dialogando a voces con los novios de turno, se introducían indiscretas a cualquier hora en los restantes pisos de la casa, y cuando entraban en la cocina era para pedirme que las friese un pedazo de pan o sustraerme unas croquetas. Las tres eran unas marisabidillas, que «posaban» de excéntricas y querían imponer sus opiniones—naturalmente opuestas y descabelladas—, y para colmo de de dichas, aun estaba el hermano, mezcla híbrida de niño y de hombre, aunque a mí me parecía que no era ni lo uno ni lo otro. El angelito también estaba tocado de originalidad extravagante; hacía ver-

sos, alardeaba de bonito y ufanábase de quitarles los novios a sus hermanas y de volver locas a todas las mujeres guapas de Madrid. Aquello era un títere de lo más arbitrario que anda suelto por el mundo; no se sabía si era carne o pescado, y lo mismo chillaba sobre lo divino que sobre lo humano.

Porque tanto la abuela como el matrimonio y los hijos hablaban a voces, con unos gritos de salvajes de la Hotentocia y manoteando como muñecos de guignol. Se vestían con trajes de hechuras fantásticas y colores inverosímiles; iban por la calle siempre con unas prisas atropelladoras, como si fueran a apagar algún fuego, y todo en ellas era tan superlativamente grotesco que provocaba la hilaridad.

Lo único de la casa desgraciadamente «serio» era el padre. El padre, que frisaría en la cuarentena, pero que aun conservaba gallardías juveniles merecedoras de ser tenidas en cuenta.

Era un mocetón alto y robusto que parecía escapado de un cuento de Sherezada y en él no se sabía qué celebrar más, si la expresión del rostro animado por unos ojos negros, grandes y gachones, o su prestancia de gallo, capaz de satisfacer al corral más numeroso.

A mí aquel hombre me sugestionaba porque ofrecía todos los atractivos de la juventud, asesorados por el prestigio de la madurez. Me resultaba un don Juan irresistible para una doña Inés que estuviese impaciente por abandonar el convento, y por tanto no necesitaré describir la emoción con que yo recibía sus visitas a la cocina cuando repentinamente empezó a percatarse de que *convenía blanquearla, restaurar el fogón o embellecer el fregadero*.

El señor buscaba, lisamente, pretextos para justificar su permanencia en la cocina, y cierto día presentóse en el instante en que su hijo me decía con acento arrullador:

—Oye, Menegilda: ¿tú no has gozado nunca las delicias de una sesión de cine? Porque te advierto que yo estoy dispuesto a llevarte a ver una película de largo metraje y a no volver a casa hasta que tú me digas: ¡vamos!

El señor debió coger íntegra aquella proposición del botarate de su hijo, porque cuando éste salió de la cocina, murmuró a mi oído, entornando sus ojos con aquella gachonería que me volvía tarumba:

—Me figuro que el día que tú sientas la necesidad de gozar las delicias del cine, no se te ocurrirá ir en compañía de ningún mentecato. Aquí estoy yo, que soy un hombre que sabe distinguir a las señoras, para llevarte a ti, primero al cine y luego a casa de Botín a comernos un cabrito que no le pondría peros ni la Bella Chiquita.

Yo me quedé como quien ve visiones, pero acepté la invitación para el domingo inmediato, que me tocaba salir, y, ¿para qué contar a ustedes lo que todos adivinarán?

Yo era una muchacha de diez y ocho años, ávida de traspasar el umbral del pecado; una pobre virgen impaciente por dejar de serlo, y aquel hombre deslumbraba mis sentidos.

Yo me reconocía vencida por el deseo sensual e incapaz de seguir resistiendo más tiempo a mi sino; comprendía que yo estaba predestinada a caer y caí con aquel hombre, que, aunque era casado, me agradaba.

Yo, en aquellos momentos, no ví sino que me gustaba horrores, y que bajo la luz de sus ojos negros me encontraba alegre y confiada.

Me ofrecí a él plena de entusiasmo y de deseo, persuadida de que nunca me arrepentiría de haber debutado con aquel mozo meloso y moreno, que tan dulcemente supo adentrarse en mi corazón.

Me cautivó por «chulón» y cuando le sentí muy cerca de mí, palpitante de voluptuosa alegría, yo también fui muy dichosa y le llamé ¡mi negro!, ¡negro mío!, y le dejé hacer cuanto quiso, sin exhalar la menor queja.

Me entregué con la satisfacción del deber cumplido, y cuando nos repusimos de aquel desmayo, que a mí me parecieron ocho, yo no me hubiera cambiado por la reina de España.

¡Al fin, había saboreado en toda su abrumadora trascendencia el placer de la carne! Mi instinto estremecióse glorioso en su animalidad, y él también debió de experimentar una sensación inefable, porque al salir del «lugar del crimen», exclamó con voz entrecortada:

—Le voy a decir a mi mujer que desde el mes que viene te suba un duro en el sueldo.

Alvaro Retana



COSAS DE CIRCO

EL REPORTER.-La presentación del payaso es lo que la dará a ganar muchísimo.

LA EMPRESARIA.-Está usted equivocado. Gano más con el tonto.

Dibujo de GARRÁN.



ANTONIO CASERO

---¿La Paca? ¡Se portó muy mal conmigo! Todas las mujeres son iguales...

---¡Gracias, hombre!

---Mujer: tú estás fuera de cuenta.

Dibujo de ANTONIO CASERO.

EL CONFESOR PEDRO DE REPIDE

Juan Fernández sintió vivos deseos de acudir al tribunal de la penitencia. Era un buen creyente y fiel cristiano. Su conciencia le inquietaba con ciertos resquemores, y así hubo de resolverse a abrir el vademécum de sus pecadillos ante un ministro del Señor.

El padre Ambrosio de la Transverberación, que estaba de tanda, hallábase grave y majestuoso, como la seriedad de sus funciones requería, esperando en el confesionario la oveja que viniese amorosa al buen redil.

Este confesor tenía una gran clientela de uno y otro sexo, por no decir de ambos sexos, aunque también pudiera ser verdad en muchos casos. El fué quien impuso a cierta feligresía aquella sabia penitencia.

Ocurrió que Juana, mujer muy devota y religiosa ella, cometió una vez cierta infidelidad para con su marido, cosa que no tiene mucho de particular ni en las devotas ni en las impías.

Y como tenía en mucho la tranquilidad de su conciencia, fué a confesar.

---¿Cuántas veces ha sido ofendido tu buen esposo?--- preguntó el presbítero.

---Nueve veces, señor--- contestó la penitente bajando los ojos, que por cierto eran de los de date preso.

---Nueve veces, ¡ah! Es preciso que yo consulte con el obispo la penitencia que te corresponde. Vuelve mañana y te lo diré.

Al otro día volvió la mujer y el cura hubo de decirle: ---Ya lo he consultado; tienes que rezar cinco Salves.

Pasado poco tiempo volvió la misma penitente al confesionario.

---¡Ay, padre!

---¿Qué es ello?--- preguntaba el clérigo mientras se pasaba dulcemente las manos por el abdomen, sobre poco más o menos.

---Que he vuelto a faltar a mi marido, y han sido siete veces.

El cura púsose entonces a pensar qué penitencia la correspondería para las siete veces. Pero andaba mal de matemáticas y no atinaba con la proporción. Al fin, cansado de pensar, que era operación que le aburría mucho, hubo de decirle así para resolver el caso:

---Hija mía. Engañale dos veces más y reza cinco salves, lo mismo que la otra vez.

Esta otra vez, como ya queda dicho al principio, no era una Juana sino un Juan quien llegaba al pie del confesorio. Fué Juan Fernández, que comenzó sus revelaciones mandamiento por mandamiento.

---Bueno, hijo mío, vamos a ver. Van bien los tres primeros. Sigue. ¿Honras a tu padre y a tu madre? ¿Has matado a alguien?

---Verá vuestra reverencia. Es el caso que hace cosa de un año tuve una riña con cierto truchiman. Vinimos a las manos, y no sé a punto fijo cómo fué la cosa; el caso es que le maté.

---¡Ah, desgraciado!

---Pero sucedió que por aquel entonces conocí a una mujer de la que hace poco tiempo he tenido un hijo.

---Eso ya es otra cosa. Mataste a uno, hiciste nacer a otro. Tu cuenta con la humanidad está saldada.

---Y con la iglesia, que primero la proporcioné un funeral y luego un bautizo.

---Sigamos adelante con los mandamientos.

---¡Ay, padre!

---¿Qué te ocurre? Vamos, vamos, desecha tus escrúpulos. Aquí estamos para oírlo todo.

---Verá vuestra paternidad. Anoche estuve a punto de pecar con una desgraciada mujer que se dirigía honradamente a su casa. Era en ese rincón de la plaza de las

SEMANA DE FINGIENDO

LAS QUE
ENTRAN PARA
SALVARSE

LAS QUE
ENTRAN PARA
CONDENARSE

SALIENDO DE UN TEMPLO
POPULAR

SALIENDO
DE UN TEMPLO ARISTOCRÁTICO

UN PASO

UN BICÓN

UN PENDÓN

LA
ESCOLTA

EL PÚBLICO
EN LA PROCESSION

DISCIPLINANTE

LINARES RIVAS

LA NUEVA PSICOLOGÍA DEL AMOR

EL CONCEPTO DEL AMOR EN EL CRISTIANISMO Y EN LA TRADICION CAVALIERESCA DE LA EDAD MEDIA

El amor fué una simple atracción sexual en los tiempos prehistóricos; se hizo heroico en los tiempos aun fabulosos de la Iliada, con Homero o con el ciclo de Aedas que lo cantaron; después fué un vicio en la corrupción social de los últimos días del Oriente y en las posrimerías de la Roma Imperial; después fué un Dios, con Grecia, y ahora, con el cristianismo: es un pecado.

Sólo queda por lícito y admisible el amor en el matri-



REFLEXIÓN

---¡Qué noche! No pasa un alma. ¡Y todavía habrá quien dude de la constancia de algunas mujeres!

Dibujo de D'Hov.

Carmelitas, donde hay un árbol grande.

—Cuenta, cuéntame lo que pasó.

—Que la Providencia llegó a tiempo. Iba a suceder algo grave, cuando sentí pasos. Avergonzado del atraco que cometía, me escapé. Allí quedó la desgraciada, pero incólume por fortuna.

—¡Infetón! ¿De manera que fué en el rincón de la plaza de las Carmelitas? ¿Debajo del árbol grande?

—Sí, señor. Sí, señor.

—¿A eso de las ocho y media?

—Sí, señor.

—Más te valiera haberte quedado. Porque quien llegaba era yo. Y en tal estado encontré a aquella pobre-cilla, que no tuve más remedio que quedarme un rato largo prodigándole mis consuelos.

Pedro de Répide



---Papá, a mamá la han herido con una piedra.

---¡Cuernos...! Dime quién se la ha tirado... que lo mato.

Dibujo de GARRÁN



—Pero mujer, si no te pasa nada ¿por qué estás tan triste?

—Por eso, por eso precisamente, porque no me pasa nada.

Dibujos de LINAJE.

monio, pero al matrimonio se ha de ir con la persona que juzgue conveniente la familia, que si no también es pecado. Y una vez unidos sacramentalmente, tampoco se puede ir con entera libertad a la delicia de la posesión, que hay leyes regulándola y reglamentándola como un expediente oficinesco, y si las caricias pasan de aquellas que son absolutamente indispensables para llegar a la exaltación física y al realizamiento de la cópula... ¡anatema!

Ya no es un acto carnal y de mutuo deleite sino sencillamente una función legal, imprescindible para uno de los fines matrimoniales, la procreación. Y si este fin pudiera realizarse sin el acto material, también el acto quedaría borrado de la lista de lo permitido.

El demonio de la carne era el único demonio de total

condenación, y la Iglesia lo perseguía sañudamente. No pudo excluirlo del todo, porque la naturaleza lo demandaba para la propagación de la especie y no había más remedio que pasar por esas horcas caudinas, pero exigieron a los buenos creyentes que al cometer la nefanda precisión pusieran el pensamiento en el fin, en la especie, y no en el momento, es decir, no en el deleite.

Y así se daba el caso entre ridículo y sublime, de que algunos hombres y muchísimas mujeres confesaran que habían ido al débito conyugal para cumplir su obligación de casados, pero pidiendo penitencia y absolución porque momentáneamente se dejaran arrastrar por el demonio de los sentidos.

Y a tal extremo llegó la exageración de estas ideas, que muchas mujeres se negaban al marido cuando se figuraban que ya habían cedido lo bastante para que la procreación estuviera asegurada. Y como la resistencia de ellas y la insistencia de ellos amenazaba con graves males a la paz del hogar, entonces se inventó la nueva ley y la nueva palabra, el débito conyugal, es decir, el derecho del marido a la posesión y el deber de la esposa a la complacencia momentánea. La idea de propagación de especie, única admisible en principio, quedó como primordial todavía, pero partiendo ya el puesto con los legítimos y naturales deseos del marido.

Y es que la naturaleza se olvidaba muchas veces de los fines espirituales del matrimonio y no concedía descendencia a los cónyuges. Y entonces, faltando la posibilidad de ese fin... ¿el matrimonio estéril iba a dejar de ser tal matrimonio?

Y unas cosas y otras trajeron el dichoso y socorrido débito.

Ya no se llevan hoy tan severos los procedimientos, ni dan ocasión la inmensa mayoría de los fieles para que se les absuelva de tales inocencias conyugales, pero con todo ello, con lo pasado y lo de hoy, el amor se ha entenebrecido, no se ha hecho casto pero se ha hecho cauto, y la alegría de amar, la dulzura de ser amante y de ser amado, se ha envuelto en un enorme ropón de hipocresía.

Y miente la boca cuando se habla de esto, y procuran mentir los ojos cuando pasa ante ellos la mujer codiciada o la mujer conseguida y que aun no dejó de codiciarse. Todos son felices en su hogar... y mienten casi todos. Todos se resignan... y mienten. Ninguno busca fuera de la ley... y mienten. Ninguno ha logrado, ni conserva, ni pretende... y mienten. Y así, mintiendo y tratando de engañarse unos a otros, con disimulo, con doblez, con falacia, quebrantando y retorciendo las leyes imperiosas e indestructibles de la naturaleza, el mundo no es más que una inmensa mentira.

Y además de una inmensa mentira, una inmensa tristeza.

Porque es muy triste el saber que no se puede ir a la felicidad humana sino pasando sobre las leyes que nos dan como divinas. Y ser amante, es decir, con impulso y una exigencia de la naturaleza, en que no se quiere ofender ni contrariar ni discutir siquiera ningún atributo de la Divinidad, que está y debe estar muy por encima de la pequeñez de una pasión humana... ¿por qué ha de ser contra Dios?

¿Por qué el amar, que es una perfección del alma, y el ser amado, que es el alma triunfante y victoriosa, han de ser una llaga, un vicio y un pecado?

¿Por qué mezclar y confundir lo que en su propia esencia es inconfundible? ¿En qué desdoro, en qué ofendo, en qué puedo menoscabar el amor a Dios porque adore terrenalmente a una criatura? Que la aborrezca, que la cause daño, sí, puede ser contra su ley. ¿Pero que la ame? No: eso no puede ser contra su ley.

Los Doctores de la Iglesia ven muy clara esta ofensa.



-- ¡Desventurada! ¿A eso le llamas una leve falta... con todo lo que sobra?

Dibujo de Tito.

Los que no somos más que hombres, unos pobres hombres, no acertamos a verla nunca.

Y yo, que no tengo la suerte de poseer tanta sabiduría ni de ser iluminado por luces tan altas, discurro nada más que como un hombre, un pobre hombre que ha creído siempre que el amor correspondido es lo más hermoso de la tierra...

Y aun más absurdo que el amor-vicio y el amor-peccado me parece el amor inmaterial puesto en un ser que es materia. Aquel amor caballeresco en que se inmolaba todo por una dama y sin pedirle nunca el pago de tanto amor, aquella aberración de los caballeros andantes y de sus imitadores, que llevaban la novela a la vida, siempre dispuestos a morir por la señora de sus pensamientos y no dispuestos nunca a holgarse con ella, me parece la mayor de las locuras.

Bien está que el amor sea sacrificio y se le rinda entera la voluntad, pero a condición siempre de verse correspondido y premiado. Comprendo que cuando las circunstancias impidan la posesión, el enamorado se conforme con suspiros, manteniéndose fiel a despecho de todas las dificultades, pero cuando el estorbo provenga del capricho de la dama o del poco impulso del galán... no niego el caso, pero niego el amor.

Eso no es más que una pasión imaginativa, sostenida a fuerza de fantasías.

Que el amor, el amor verdadero, el único amor, quiere a la mujer entera, de los pies a la cabeza, y quiere mas el nudo de sus brazos que todas las glorias juntas de la tierra.

Y cuando la mujer adorada permite que se vaya a su lado, entonces... ¡entonces, escrúpulos, pecados y anatemas se van dando tumbos rio abajo...!!

Después quizás alguno se arrepienta.

Pero antes pecan todos.

Manuel Linares Rivas



REFLEXIÓN

---¡Qué noche! No pasa un alma. ¡Y todavía habrá quien dude de la constancia de algunas mujeres!

Dibujo de D'Hov.

Carmelitas, donde hay un árbol grande.

—Cuenta, cuéntame lo que pasó.

—Que la Providencia llegó a tiempo. Iba a suceder algo grave, cuando sentí pasos. Avergonzado del atraco que cometía, me escapé. Allí quedó la desgraciada, pero incólume por fortuna.

—¡Infetón! ¿De manera que fué en el rincón de la plaza de las Carmelitas? ¿Debajo del árbol grande?

—Sí, señor. Sí, señor.

—¿A eso de las ocho y media?

—Sí, señor.

—Más te valiera haberte quedado. Porque quien llegaba era yo. Y en tal estado encontré a aquella pobre, que no tuve más remedio que quedarme un rato largo prodigándole mis consuelos.

Pedro de Répide



---Papá, a mamá la han herido con una piedra.

---¡Cuernos...! Dime quién se la ha tirado... que lo mato.

Dibujo de GARRÁN

LINARES RIVAS

LA NUEVA PSICOLOGÍA DEL AMOR

EL CONCEPTO DEL AMOR EN EL CRISTIANISMO Y EN LA TRADICION CABALLERESCA DE LA EDAD MEDIA

El amor fué una simple atracción sexual en los tiempos prehistóricos; se hizo heroico en los tiempos aun fabulosos de la Iliada, con Homero o con el ciclo de Aedas que lo cantaron; después fué un vicio en la corrupción social de los últimos días del Oriente y en las posimerias de la Roma Imperial; después fué un Dios, con Grecia, y ahora, con el cristianismo: es un pecado.

Sólo queda por lícito y admisible el amor en el matri-



—Pero mujer, si no te pasa nada ¿por qué estás tan triste?

—Por eso, por eso precisamente, porque no me pasa nada.

Dibujos de LINAJE.

monio, pero al matrimonio se ha de ir con la persona que juzgue conveniente la familia, que si no también es pecado. Y una vez unidos sacramentalmente, tampoco se puede ir con entera libertad a la delicia de la posesión, que hay leyes regulándola y reglamentándola como un expediente oficinesco, y si las caricias pasan de aquellas que son absolutamente indispensables para llegar a la exaltación física y al realizamiento de la cópula... ¡anatemá!

Ya no es un acto carnal y de mutuo deleite sino sencillamente una función legal, imprescindible para uno de los fines matrimoniales, la procreación. Y si este fin pudiera realizarse sin el acto material, también el acto quedaría borrado de la lista de lo permitido.

El demonio de la carne era el único demonio de total

condenación, y la Iglesia lo perseguía sañudamente. No pudo excluirlo del todo, porque la naturaleza lo demandaba para la propagación de la especie y no había más remedio que pasar por esas horcas caudinas, pero exigieron a los buenos creyentes que al cometer la nefanda precisión pusieran el pensamiento en el fin, en la especie, y no en el momento, es decir, no en el deleite.

Y así se daba el caso entre ridículo y sublime, de que algunos hombres y muchísimas mujeres confesaran que habían ido al débito conyugal para cumplir su obligación de casados, pero pidiendo penitencia y absolución porque momentáneamente se dejaran arrastrar por el demonio de los sentidos.

Y a tal extremo llegó la exageración de estas ideas, que muchas mujeres se negaban al marido cuando se figuraban que ya habían cedido lo bastante para que la procreación estuviera asegurada. Y como la resistencia de ellas y la insistencia de ellos amenazaba con graves males a la paz del hogar, entonces se inventó la nueva ley y la nueva palabra, el débito conyugal, es decir, el derecho del marido a la posesión y el deber de la esposa a la complacencia momentánea. La idea de propagación de especie, única admisible en principio, quedó como primordial todavía, pero partiendo ya el puesto con los legítimos y naturales deseos del marido.

Y es que la naturaleza se olvidaba muchas veces de los fines espirituales del matrimonio y no concedía descendencia a los cónyuges. Y entonces, faltando la posibilidad de ese fin... ¿el matrimonio estéril iba a dejar de ser tal matrimonio?

Y unas cosas y otras trajeron el dichoso y socorrido débito.

Ya no se llevan hoy tan severos los procedimientos, ni dan ocasión la inmensa mayoría de los fieles para que se les absuelva de tales inocencias conyugales, pero con todo ello, con lo pasado y lo de hoy, el amor se ha entenebrecido, no se ha hecho casto pero se ha hecho cauto, y la alegría de amar, la dulzura de ser amante y de ser amado, se ha envuelto en un enorme ropón de hipocresía.

Y miente la boca cuando se habla de esto, y procuran mentir los ojos cuando pasa ante ellos la mujer codiciada o la mujer conseguida y que aun no dejó de codiciarse. Todos son felices en su hogar... y mienten casi todos. Todos se resignan... y mienten. Ninguno busca fuera de la ley... y mienten. Ninguno ha logrado, ni conserva, ni pretende... y mienten. Y así, mintiendo y tratando de engañarse unos a otros, con doblez, con falacia, quebrantando y retorciendo las leyes imperiosas e indestructibles de la naturaleza, el mundo no es más que una inmensa mentira.

Y además de una inmensa mentira, una inmensa tristeza.

Porque es muy triste el saber que no se puede ir a la felicidad humana sino pasando sobre las leyes que nos dan como divinas. Y ser amante, es decir, con impulso y una exigencia de la naturaleza, en que no se quiere ofender ni contrariar ni discutir siquiera ningún atributo de la Divinidad, que está y debe estar muy por encima de la pequeñez de una pasión humana... ¿por qué ha de ser contra Dios?

¿Por qué el amar, que es una perfección del alma, y el ser amado, que es el alma triunfante y victoriosa, han de ser una llaga, un vicio y un pecado?

¿Por qué mezclar y confundir lo que en su propia esencia es inconfundible? ¿En qué desdoro, en qué ofendo, en qué puedo menoscabar el amor a Dios porque adore terrenalmente a una criatura? Que la aborrezca, que la cause daño, sí, puede ser contra su ley. ¿Pero que la ame? No: eso no puede ser contra su ley.

Los Doctores de la Iglesia ven muy clara esta ofensa.



-- ¡Desventurada! ¿A eso le llamas una leve falta... con todo lo que sobra?

Dibujo de Tito.

Los que no somos más que hombres, unos pobres hombres, no acertamos a verla nunca.

Y yo, que no tengo la suerte de poseer tanta sabiduría ni de ser iluminado por luces tan altas, discurro nada más que como un hombre, un pobre hombre que ha creído siempre que el amor correspondido es lo más hermoso de la tierra...

Y aun más absurdo que el amor-vicio y el amor-peccado me parece el amor inmaterial puesto en un ser que es materia. Aquel amor caballeresco en que se inmolaba todo por una dama y sin pedirle nunca el pago de tanto amor, aquella aberración de los caballeros andantes y de sus imitadores, que llevaban la novela a la vida, siempre dispuestos a morir por la señora de sus pensamientos y no dispuestos nunca a holgarse con ella, me parece la mayor de las locuras.

Bien está que el amor sea sacrificio y se le rinda entera la voluntad, pero a condición siempre de verse correspondido y premiado. Comprendo que cuando las circunstancias impidan la posesión, el enamorado se conforme con suspiros, manteniéndose fiel a despecho de todas las dificultades, pero cuando el estorbo provenga del capricho de la dama o del poco impulso del galán... no niego el caso, pero niego el amor.

Eso no es más que una pasión imaginativa, sostenida a fuerza de fantasías.

Que el amor, el amor verdadero, el único amor, quiere a la mujer entera, de los pies a la cabeza, y quiere mas el nudo de sus brazos que todas las glorias juntas de la tierra.

Y cuando la mujer adorada permite que se vaya a su lado, entonces... ¡entonces, escrúpulos, pecados y anatemas se van dando tumbos río abajo....!

Después quizás alguno se arrepienta.

Pero antes pecan todos.

Manuel Linares Rivas

GOMEZ DE LA SERNA

NO HAY QUE PERVERTIR LOS NÚMEROS

Lo que más hace sufrir a los grandes matemáticos es que les perviertan los números.

No les importa que no se sepan matemáticas, no les importa que se escriban de un modo absurdo los números, no sufren cuando se borran del encerado las magníficas operaciones que tan difícilmente se han logrado hacer. Lo único que les preocupa es que se pervierta a los números.

Ya la Academia de Ciencias de Suecia, que es de una pureza sin límites, tuvo una discusión sobre la perversión de ciertos números, y protestaron de que el 606 haya sido destruido, pues no puede ser aceptado ya como ejemplo ni siquiera sirve para los teléfonos, y el 606 de las calles largas ha tenido que ser sustituido por el 605 duplicado.

«Si se siguiese así—han dicho los grandes hombres de

la ciencia de los números—no podríamos ya echar cuentas y, por ejemplo, no podrían ser contruidos los presupuestos de una nación.»

Aunque a algunos eso de que no haya presupuestos no les parezca mal, está bien lo que dicen los sabios matemáticos y debe abstenerse la humanidad de pervertir más números, ya que para eso tienen las palabras todas desfloradas; ¡pero los números!

Por lo menos opongamos números a los números, construyamos los antidotos y al 69 opongamos el 63, que es la normalidad.

ROBERTO MOLINA

EL ESCRITOR ALEGRE

La pobre muchacha, alucinada por el prestigio galante del escritor, pensó que él iba a salvarla, que era el único hombre que mejor podía prestarle apoyo en aquel tumulto de la enorme ciudad desconocida.

No ignoraba los peligros de su aventura, y aunque un poco asustada al principio, había cobrado ánimos con la esperanza de aquella visita, del éxito de aquella entrevista, la primera que iba a celebrar con un escritor de verdadero renombre. ¿Por qué no? En la provincia la creían todos una gran artista, y ella, en la soledad de aquel gabinete de la fonda, mientras llegaba la hora, soñaba con el éxito. y se veía en su camerino agasajada, adulada por todos, y también la sobrecogía un súbito terror, esa cobardía que frustra tantas vocaciones, desviando a tantos de su verdadero camino. Se estremecía. Se acercaba el momento y trató de reanimarse para no aparecer triste en casa del escritor alegre. Pensó que tal vez estaría solo, y acaso aquella entrevista primera a solas con un hombre, iba a tener para ella ciertas revelaciones. Pero ¿cómo evitarlo? ¿No había de suceder esto en uno u otro momento de su carrera artística?

Temblaba. Este pensamiento, aun en los casos de mayor resolución, no deja de producir en la mujer una misteriosa inquietud.

La desilusión comenzó antes de conocerle, en la puerta misma de su casa. ¿Vivía allí aquel hombre célebre? Ella imaginábaselo rico y joven, tal como lo había visto en los retratos de las revistas. La mujer del maestro, una señora casi anciana y rodeada de chiquillos, le recibió. Luego en el despacho, un hombre prematuramente viejo, con un aire cansado y triste, apartó la vista del libro que tenía en las manos, rogándole que tomara asiento.

—Perdone que no me levante—dijo—porque el reuma me tiene postrado en este sillón. Lo que puedo hacer por usted es poca cosa, señorita; ciertamente bien poca cosa...



—¡La verdad es que nos damos muy malos ratos al tonto!...

Dibujo de LINA JÉ.

UNA NOVELA TACHADA POR LA CENSURA, POR

JOAQUIN BELDA

(Continuación.)

cabo de las dos horas volvía el cansancio, más agotador que antes.

Pero él aceptaba con gusto aquel alivio, aunque sabía de fijo que era un préstamo que luego había de devolver con creces y con intereses muy grandes. Le pasaba lo que a los habituados a cualquiera de los tóxicos excitantes: olvidan los sufrimientos, con tal de salir momentáneamente de la angustia que la privación les produce.

Llegó la hora diaria de la libre, y aun se puede decir que, antes de que llegase, ya el coronel Lanza-rote subía las escaleras de su pisito de la calle de don Ramón de la Cruz: sin darse cuenta había adelantado la entrevista. Tal era la impaciencia que sentía.

Los escalones los salvaba con más torpeza que nunca, como si en cada pie tuviese un quintal de plomo, y hu- biese de irlo elevando a pulso. Aunque la altura de la habitación no era mucha, deteníase con frecuencia en la subida, apoyándose en el pasamanos, como si pensa- se morirse allí.

Cuando entró en el piso aun no había llegado An- gustias. Casi sin detenerse, más que para dejar en el perchero del recibimiento el abrigo y el sombrero, fué derecho a la alcoba y se dejó caer en la cama turca, que era blanda y amplia co- mo un sepulcro.

¡Lecho propicio a todas las infamias, a todas las maniobras ejecutadas con la y con el! El co- ronel, al dejarse caer ahora en él, pareció formular un deseo:

—¡Ay qué bien, si no me levantara nunca de aquí!

Pasó un gran rato, y se oyó abrir la puerta del piso con la diminuta llavecilla que Angustias poseía. Por la médula de Lanza-rote pa- só vibrante una sacudida de voluptuosa.

Su amante, hoy venía de buen humor. Ella sabría porqué, pero se presentó salta- rina, alegremente excitada, juguetona. Después de mil arrumacos, dijo de pronto a su amante, que estaba ya babeando:

- ¿Sabes, Pedrín?... Tengo que pedirte un favor.
- Tu dirás.
- Luego te lo diré.
- ¿Es para tí o para el de tu marido?
- ¡Pobrecito! No lo lla- mes así.
- ¿Lo calumnio?
- Si vieras qué contento se pone cuando sabe que vengo a verte!
- ¡Ya lo creo!
- Lanza-rote, siempre que hablaba del marido de su ami- ga, cada vez que había de nombrarle, hacía- lo antepo-

niendo la palabra No era la cosa may delicada por su parte, pero él se divertía así, y ya se sabe que, en este mundo, cada uno se divierte como puede.

- Bueno, hijita, ¿de qué se trata?
- Después, después. Hay tiempo.
- Eso sí.

Y, sin hablar, sentada al principio al borde de la cama e inclinándose poco a poco a medida que la operación lo requería, dió comienzo a una de sus labores predilectas que, como sabemos, era el dulce sport de la

Lanza-rote, encantado, dejaba hacer: sin embargo, en la tarde de hoy su encanto era menor que el de otras ve- ces. Desde que estaba en el lecho notaba que le iba au- mentando poco a poco el peso que durante todo el día había tenido en la cabeza: los ojos los mantenía casi siem- pre cerrados a impulsos de otro peso formidable que gra- vitaba sobre sus párpados.

Pero lo que llegó a alar- marle un poco, en medio del placer indudable que ya le iban produciendo los sabios escarceos de Angustias en los alrededores—por ahora se limitaba a los alrededo- res—de la era una tor- peza casi absoluta de movi- mientos, una languidez es- pecial, parecida a una par- alización de todo el cuerpo, que le fuera invadiendo po- co a poco.

Por no descomponer la fi- gura que Angustias y él tormaban, unidos torpemen- te por y boca, no lo intentó siquiera, pero esta- ba seguro que si hubiera querido incorporarse no ha- bría podido. Parecía que ella, la feroz vampiresa, po- nía un especial cuidado en ejecutar en el día de hoy su tr- bajo con más perfección que nunca; apoderada ya plenamente del del co- ronel, iba derrochando una de detalles, que no parecía si no que quería ganar el premio de honor en algún fantástico concurso.

Por lo visto, el favor que quería solicitar luego de su amante era de mucha importancia, y quería debilitarle bien la voluntad para tenerle más propicio a ceder. Y ya se sabe que uno de los medios voluptuosos que más con- tribuyen a la debilitación de la voluntad es la

No era Lanza-rote, ¡no podía serlo! muy rápido en sus... decisiones. La conversación—llamémosla así—con él tenía que ser un poco larga para llegar al final: pero hoy, fuese por las mayores perfecciones que en su labor puso ella, fuese por otra causa, lo cierto es que el biza- rro militar no se mostró tan pelma como de costumbre, y llegó antes de lo que se esperaba el desenlace, en for- ma de que, a juzgar por los comienzos, amena-

Joaquín Belda

(Continuará.)



---Estos novios poetas son teóricos solamente. Mucho cantar la na- turaleza, al verde césped, y siempre que me cita en el campo me ten- go que venir sola.

Dibujo de MÁRQUEZ.

La transformación de la Menegilda.

Antes, barria todo el día

*Iba a "gallinero"
para ver melodramas*



Fregaba a cualquier hora

*Y se contentaba
soñando con su
Napoleon.*

Ahora.....

Exige uniforme y ... va



Por la tarde al the danzar

*a palco por la noche
para ver opereta*

*Y se acuesta algo intranquila
por no haber realizado su sueño
del todo.*

